

a plena bruma

Por no se sabe qué extrañas razones, siempre se ha mantenido que la cinematografía británica tenía una producción media «muy estimable». Personalmente, he considerado que esa producción media era cloroformizante, adormecedora y neutra. Bajo el golpe de gong del honorable J. Arthur Rank asistíamos a insulsas historias en las que indefectiblemente el «humour» y la buenisima educación de los personajes trataban de convencernos de que todo seguía bien, de que todo debía permanecer como estaba y de que los ingleses vivían en el mejor de los mundos. Se ofrecía en esas películas la imagen alegre y confiada de una Inglaterra sin problemas; pero bastaba leer los periódicos para comprender que la realidad ofrecía un perfil mucho menos reconfortante que el que trataba de distribuir por el mundo el honorable Mr. Rank, próspero exportador de trigo, por otra parte.

Los «jóvenes airados» entraron en la palestra y a través de novelas, obras de teatro y películas intentaron presentar una visión diferente de su país: al menos intentaban decir, en contra de la doctrina del omnipotente Rank, que Inglaterra era un país con problemas. Se ha hablado mucho del Free Cinema —el movimiento que, en el terreno cinematográfico, encarnó las aspiraciones de esa airada juventud— y no siempre con objetividad, puesto que se consideraba a esa tendencia como la providencial panacea que salvaría al cine inglés de su mediocridad. La verdad es que si el Free Cinema ha supuesto una renovación del esclerotizado cine británico, no consiguió modificar sustancialmente la situación. Resulta difícil hablar de este movimiento, puesto que el público español no ha tenido ocasión de conocer prácticamente nada de él. Sólo «Un lugar en la cumbre» y «El ingenio salvaje» se han estrenado comercialmente aquí. Y, de todas formas, hay que hacer dos observaciones: «Un lugar en la cumbre» no es propiamente un film del F. C., ya que su realizador, Clayton, ha seguido una carrera independiente, sin adherirse a los postulados de ese movimiento; y «El ingenio salvaje» fue presentada por la distribuidora española en unas condiciones realmente deplorables, con la copia virada en un color sepia que, desde luego, no tenía en la versión original...

Sólo dos films son insuficientes para documentar al espectador sobre una tendencia cinematográfica que si no se ha distinguido por su rigor crítico —como han pretendido algunos comentaristas— al menos ha tenido una cierta coherencia estilística, sacando las cámaras de los habituales livings de cretonas y situándolas ante las calles, las fábricas, la vida cotidiana. Sin un verdadero presupuesto ideológico y revulsivo, pero con un elogiable —aunque moderado— afán inconformista, el F. C. nos ha presentado «la otra cara» de Inglaterra. Dos films recientes llevan hasta sus últimas consecuencias las intenciones del F. C. y dan fe de un movimiento efectivamente renovador que se está produciendo en el joven cine inglés: «¡Qué noche la de aquel día!», de Richard Lester, y «Fango en la cumbre», de Clive Donner. Del film de Lester ya me ocupé en el momento de su estreno. «Fango en la cumbre», actualmente en cartel, presenta ciertas similitudes con ese film interpretado por los «Beatles» en cuanto al tono y la soltura narrativa, pero en el aspecto temático tiene dos antecedentes: el citado «Un lugar en la cumbre» y el excelente «A pleno sol», de René Clément.

Jimmy Brewster es un joven y ambicioso empleado de la elegante firma Horton —inmobiliarias y solares—. Dispuesto a conseguir una «room at the top» utiliza a sus semejantes sin el menor escrúpulo, puesto que se mueve en una sociedad en la que si no opera de esa forma se verá utilizado por sus semejantes... Ocasionalmente conoce a un gentleman de refinada educación que recibe una asignación mensual de sus aristocráticos familiares a condición de que no mantenga relaciones con ellos... Jimmy Brewster contrata al gentleman para que le enseñe cómo ha de comportarse en la alta sociedad. Jimmy resulta un discípulo aventajado y poco a poco va escalando puestos y eliminando a las personas que le estorban, entre los que se encuentran sus padres, a quienes envía a Australia con pasajes de emigrantes... Jimmy asesinará al gentleman cuando sus servicios ya no son necesarios y se casará con la hija de su jefe. Cuando se descubra el cadáver, el crimen quedará impune, y Jimmy podrá disfrutar del bienestar que tanto trabajo le costó obtener...

«Fango en la cumbre» —melodramático título que sustituye al original «Nothing but the best», «Nada sino lo mejor»— va más allá que Clayton en «Un lugar en la cumbre» respecto a las intenciones y a la acidez crítica. Sobre el esquema de «A pleno sol», Clive Donner plantea esa «escalada social» en la que Jimmy Brewster tendrá como mentor a un aristocrático exiliado de su familia; al igual que en el excelente film de Clément, Donner subraya el carácter equívoco de esta relación maestro-discípulo. En el panorama del actual joven cine británico, «Fango en la cumbre» es un título considerable; sin llegar a la extraordinaria brillantez de «¡Qué noche la de aquel día!», Donner consigue imprimir a su película una serie de cualidades que la diferencian sin lugar a dudas del resto de las obras de la tendencia F. C. No cabe duda que «Fango en la cumbre» es una de las películas más descaradamente cínicas que hayamos tenido ocasión de ver en nuestras pantallas. Pero el cinismo no es en ningún momento coartada para elegantes juegos estéticos, sino instrumento para poner en cuestión una sociedad corrompida que acoge, casi con complacencia, a tipos como Jimmy Brewster.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS

todo está ya hecho

En el número 170 de TRIUNFO, abriendo la sección «Escriben los lectores», se publica una carta de Pío Fernández Cueto que bien creo merece un comentario. No ya, claro, por la cuestión concreta que el rapsoda planteaba, sino por lo que pueda haber en su actitud de «hábito» o «actitud» típica dentro de nuestra mentalidad nacional.

Refiriéndose a mi comentario de la semana anterior, el actor Fernández Cueto —a quien, por supuesto, agradezco el que haya prestado atención a mis líneas— decía: «Leo en TRIUNFO un artículo de José Monleón animando el propósito de Radio Madrid en favor del teatro circular, que no me causa admiración ninguna y si sorpresa de que a estas alturas se promueven encuestas defendiendo algo que yo he realizado hace cuarenta años o más por España, sin que por entonces causara admiración mi actitud, ni nadie abriera la boca de asombro».

Es curioso lo que nos pasa. Somos, en teatro, como en tantas cosas, un país en el que todo lo ha hecho alguien, todo lo ha escrito alguien, todo lo hemos pensado aquí por primera vez, sin que, como sería lo lógico, la vida cultural cotidiana recoja tan maravillosa agudeza. ¿Que en Madrid no existe un solo teatro circular, ni en España se desarrolla la fórmula regularmente en una sola ciudad? No importa. Ahí está el señor Fernández Cueto, con su vieja experiencia, dispuesto a testificar que esa es agua pasada. ¿Que nuestros autores nuevos lamentan las dificultades de acceso a la nómina profesional? Ahí está el Teatro Nacional de Cámara y Ensayo, esencialmente pensado para ellos. ¿Que nos quejamos de la falta del sistema de repertorio? Ahí está la pasada experiencia del María Guerrero y aquel programa en el que su director explicaba claramente las ventajas de esta rotación de espectáculos... Y, por supuesto, todo Ionesco estaba ya en Gómez de la Serna. Y no es verdad que a Valle Inclán no se le represente, porque una vez, no hace más que dos o tres años, se montaron «Divinas palabras». Ni es verdad tampoco que nuestro teatro sea mediocre, porque, y esto debe ser admitido, en el 64-65 hubo dos o tres espectáculos que estuvieron muy bien. Y, si bien miramos, la mayor parte de los grandes dramaturgos contemporáneos han sido representados en España, siquiera una noche y por un grupo de cámara. Y no es verdad tampoco que nuestro teatro agonice en provincias, porque hay una ley de protección, algún grupo que lucha desesperadamente y media docena de títulos importantes representados mejor o peor, lo que no hace al caso. Y en Madrid tenemos escuelas de arte dramático. Y una vez se hizo a Sartre en un colegio mayor. Y, en última instancia, antes que todo esto se encuentra nuestro gran Siglo de Oro, mejor y más rico que este teatro moderno, tan malhumorado frecuentemente.

Conclusión: que ya lo tenemos todo hecho, y que, desde nuestra vieja sabiduría de colectividad clarividente, podemos reírnos de los ingenios alemanes, o franceses, o ingleses, o polacos —por citar cuatro avanzadas del teatro europeo moderno— que se empeñan en hacer lo que nosotros hicimos, o simplemente pensamos, hace ya no sé cuánto tiempo.

Claro que, bien mirado, ahora no tenemos casi nada, pero esto no es, en última instancia, más que una prueba de sabiduría. Nos hemos sentido o la puerta de nuestro caserón histórico y cada vez que un movimiento cultural cumple su ciclo en otras latitudes sonreímos y pensamos: «Claro, ya lo decíamos nosotros. ¿Por estas cosas armaban tanto jaleo hace unos años? No valía nada». Y volvemos a sonreír y, sabidamente, declaramos que el mundo está loco, o está tonto, o está verde, o está caducamente liberal. ¿A qué tanta pasión por un texto, a qué esa locura de creer que el teatro, o el cine, o la simple manifestación ante la colectividad, son obras en las que o uno está por entero o es un miserable? Viejas monsergas. Tantas ganas de abrir la boca de asombro. Sabe más el diablo por viejo que por diablo. Y nosotros somos viejos, tan viejos, que lo hemos hecho todo, que lo hemos intuido todo, y que sabemos que nada vale la pena. Allí el teatro angustiado de esta época atómica que a nosotros no nos afecta. Allí los miles de problemas de los que nuestro teatro, en sus temas y en sus representaciones, por milagrosa vejez, se libera...

Y uno, que no quiere sentarse a la puerta del caserón, se pregunta hasta qué punto convenirá decirles a los de Radio Madrid que no cometan la ingenuidad de trabajar por algo que Pío Fernández Cueto, sin que nadie abriera la boca de asombro, hizo ya cuarenta o más años atrás...

JOSE MONLEON